



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA DE SALAMANCA

SE206238

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL



“Mujer con tablillas de cera y punzón”, conocida como “Safo”. Junto con otras 160 piezas, forma parte de la exposición «Pompeya» instalada en el Museo Nacional de Tokio, donde permanecerá hasta finales de 2022.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI
FRANCESCA BUGLIANI KNOX
ELENA BUIA RUTT
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
GIORGIA SALATIello
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano (traducción de ÁNGELES CONDE) se distribuye de forma conjunta con VIDA NUEVA y no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Itinerarios

La parábola es una narración, una forma expresiva de predicación, un método de comunicación... Cuenta hechos de la vida cotidiana con un significado espiritual. Las enseñanzas de **Jesús** han tomado en muchas ocasiones la forma de parábola, historias a veces de una o dos frases que tienen conclusiones abiertas y en las que cada generación busca nuevos significados. Así, cada persona las lee con su propia sensibilidad y cultura y puede proyectar en estos textos sus propias preocupaciones. Enseñan, muchas veces provocando. “Cuanto más estudio las parábolas, más me siento interpelada por ellas. No es necesario creer en Jesús, Señor y Salvador, para comprender cuántas cosas extraordinarias tuvo que decir”, escribe **Amy-Jill Levine** en la introducción de su libro *Las parábolas de Jesús. Los cuentos enigmáticos de un rabino controvertido* (ediciones Effatà).

Estudiosa del Nuevo Testamento y de Estudios Hebraicos, miembro del Comité de Dirección de este periódico y autora en este número del comentario a la Parábola de la Perla, Levine siempre invita a no tergiversar el contexto judío de Jesús. En su libro se pregunta por qué dos mil años después, estos temas no solo siguen siendo importantes, sino que son quizás más urgentes que nunca. Así, *Mujeres, Iglesia, Mundo* dedica este número a las Parábolas, proponiendo reinterpretaciones personales a través de reflexiones, comentarios, relatos y obras de arte, junto a la lectura del texto evangélico.

Son ocho parábolas y ocho textos escritos por ocho mujeres: siete miembros del Comité de Dirección de *Mujeres, Iglesia, Mundo*, más una teóloga alemana. Son mujeres de distintas religiones, confesiones religiosas y profesiones. Son cuatro italianas, una americana, dos alemanas y una española. Es decir, cada una filtra la lectura de la parábola según sus propias experiencias, sensibilidades, creencias, habilidades, intereses y misión. Son itinerarios personales. Y momentos de reflexión en tiempos de guerra y de búsqueda de la paz. Durante estos meses difíciles, el Papa **Francisco** ha recurrido también varias veces a las parábolas.

El domingo en que el Evangelio en la liturgia narraba la del Hijo pródigo que, tal y como dijo el Pontífice “nos remite al corazón de Dios, que siempre perdona con compasión y ternura”, en el Ángelus también nos recordó que “esta guerra cruel e insensata, como todas las guerras, representa una derrota para todos, para todos nosotros”.



Eternamente manos a la obra

DE FRANCESCA BUGLIANI KNOX

Jesús no nos habla en abstracciones ni nos pide que sigamos una ideología. Jesús nos invita a entrar en relación con Él y a contemplar el mundo con sus ojos, ofreciéndonos su vida como ejemplo y dándonos su Palabra. Y las parábolas de Jesús, transmitidas por los evangelistas, son la personificación de su Palabra y un ejemplo de su estilo, el “estilo de Dios” que respeta nuestra libertad. Si el mensaje profundo de aquellas narraciones familiares y aparentemente sencillas se nos escapa a primera vista, es porque Jesús nos lo oculta intencionadamente. En definitiva, las parábolas de Jesús se convierten en el lugar de encuentro con su Palabra, —con la Palabra que es Él—, para quienes están dispuestos a acogerlas con generosidad de espíritu. No tanto como ejercicio literario y no solo como oportunidad de estudio, sino sobre todo como medida de Dios sobre las cosas y sobre nosotros mismos.

¿Cuál es el primer paso fundamental que conduce a ese encuentro? Como todo encuentro auténtico, ese paso es escuchar. Pero ¿qué tipo de escucha? “Escucha a Israel”, *Shema 'Jisra'el*, lo tenemos en las Escrituras. Isaías nos recuerda que se puede escuchar sin entender, tener sentido del oído y no saber usarlo. ¿Qué se nos pide entonces al escuchar? Prestar atención a cómo escuchamos la realidad en la que la Palabra actúa constantemente.

Nos lo recuerda la parábola del sembrador, sin la cual ni siquiera se entienden las

¿Qué tierra ponemos disposición de la Palabra y de los otros?

otras parábolas. “Escuchad”, exhorta Jesús antes de comenzar la historia del sembrador, y concluye “el que tenga oídos, que oiga”, recordando a su manera a Isaías. Por eso, quiero centrarme aquí, ahora, en Jesús hablándome. Y me imagino sentada en el suelo, entre la multitud, junto al mar de Tiberíades, tranquilo y hermoso. Observo a Jesús alejarse, subir a la barca y quedarse allí. Empieza a hablar y yo sigo su historia. Me parece, inmediatamente, que he captado su significado, pero poco después me doy cuenta de que el significado profundo se me escapa. Como los discípulos, le pido a Jesús que me lo explique. No pudiendo hacerlo, como ellos, en persona, lo hago en el recogimiento, escuchando la Palabra

con mayor atención, con “la mente, el alma y el corazón”.

La figura del sembrador que siembra con tan generosa abundancia y en todas las direcciones posibles, se me revela entonces como Aquel que está constantemente, eternamente, manos a la obra. El amarillo dorado del sol que irrumpe con fuerza en la pintura de Van Gogh sugiere ese acto creativo inmanente. La semilla incansablemente esparcida se convierte en vida en potencia. Y la tierra, esa tierra destinada a acoger la semilla de la vida soy yo, como persona, pero también somos nosotros, como comunidad, ya sea eclesial como religiosa o civil: todos somos sus destinatarios, sin distinción.

Jesús se puso a enseñar otra vez junto al mar. Acudió un gentío tan enorme, que tuvo que subirse a una barca y, ya en el mar, se sentó; y el gentío se quedó en tierra junto al mar. Les enseñaba muchas cosas con parábolas y les decía instruyéndolos: «Escuchad: salió el sembrador a sembrar; al sembrar, algo cayó al borde del camino, vinieron los pájaros y se lo comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra; como la tierra no era profunda, brotó enseguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y, por falta de raíz, se secó. Otra parte cayó entre abrojos; los abrojos crecieron, la ahogaron y no dio grano. El resto cayó en tierra buena; nació, creció y dio grano; y la cosecha fue del

treinta o del sesenta o del ciento por uno». Y añadió: «El que tenga oídos para oír, que oiga». Cuando se quedó a solas, los que lo rodeaban y los Doce le preguntaban el sentido de las parábolas. Él les dijo: «A vosotros se os ha dado el misterio del reino de Dios; en cambio a los de fuera todo se les presenta en parábolas, para que “por más que miren, no vean, por más que oigan, no entiendan, no sea que se conviertan y sean perdonados”». Y añadió: «¿No entendéis esta parábola? ¿Pues cómo vais a conocer todas las demás? El sembrador siembra la palabra. Hay unos que están al borde del camino donde se siembra la palabra; pero en cuanto la escuchan, viene Satanás y se lleva la palabra

Los cuatro tipos de terrenos surgen como diferentes formas de acoger la Palabra y reconocer su presencia en todo lo que sucede a su alrededor. A veces escuchamos con un corazón endurecido por convicciones rígidas y preconcepciones, y no queremos decir nada; otras veces escuchamos sin que el deseo de escuchar haya arraigado en el fondo del alma y entonces solo entendemos superficialmente; otras veces escuchamos sin alumbrar con la mente lo que nos condiciona mientras escuchamos y, en vez de comprender, tergiversamos y nos engañamos.

Cuando escuchamos “con el corazón, con el alma y con la mente” entendemos con plenitud “cosas escondidas desde la fundación del mundo” y damos fruto en abundancia, como buena tierra. Demos un salto cualitativo. Nosotros mismos nos convertimos en la semilla de la vida. La parábola nos abre así los ojos a la dura realidad de nuestras resistencias, distracciones y fragilidades en la escucha, pero al mismo tiempo, como se trata del estilo de Dios, no nos desanima. A pesar de la falta de respuestas, el sembrador seguirá sembrando en todas las direcciones. La escasez de frutos de la tierra menos fértil se remediará con la asombrosa abundancia de los frutos de la tierra buena. Requiere, sin embargo, de nuestra colaboración. Y aquí está el desafío. Nos toca preguntarnos cada día: ¿Qué tierra estamos poniendo a disposición de la Palabra y de los demás? ¿Escuchamos lo que crece o no crece y por qué, en nuestra tierra en la de los que nos rodean? ¿Tenemos la fuerza y el valor para dejar de lado nuestros prejuicios e ideas preconcebidas? Un llamamiento firme para escuchar y para discernir dirigido a todos en la Iglesia y en el mundo. Y que requiere, de una respuesta concreta, de un compromiso de vida.

sembrada en ellos. Hay otros que reciben la semilla como terreno pedregoso; son los que al escuchar la palabra enseguida la acogen con alegría, pero no tienen raíces, son inconstantes, y cuando viene una dificultad o persecución por la palabra, enseguida sucumben. Hay otros que reciben la semilla entre abrojos; estos son los que escuchan la palabra, pero los afanes de la vida, la seducción de las riquezas y el deseo de todo lo demás los invaden, ahogan la palabra, y se queda estéril. Los otros son los que reciben la semilla en tierra buena; escuchan la palabra, la aceptan y dan una cosecha del treinta o del sesenta o del ciento por uno».

Marcos 4, 1-2

Hace falta armarse de valor

DE GIORGIA SALATIELLO

Las breves reflexiones que siguen no se sitúan en el plano exegético ni académico, sino en el de la experiencia de una existencia que, desde hace mucho tiempo, se enfrenta a la parábola de los talentos viéndola como un texto que puede suponer un programa de vida completo.

El plano no es el exegético porque otros especialistas lo podrían manejar mejor que yo, señalando aspectos que solo pueden emerger con un estudio largo y cuidadoso. Por otra parte, el plano ni siquiera es el académico ya que aquí no pretendemos hacer alarde de doctrina y erudición, sino simplemente compartir los estímulos y sugerencias que la parábola me inspiró y aún me sigue inspirando.

Esto no significa tratar de plegar el sentido del pasaje evangélico a mis necesidades y mi búsqueda de sentido, sino, dejarme guiar y moldear por las palabras que relata **Mateo**.

En mi experiencia, la lectura de la parábola de los talentos se estructura en torno a dos preguntas fundamentales: ¿qué son para mí los talentos?, ¿para qué los recibí? En consecuencia, mi primer objetivo es tratar de responder a estas preguntas y, posteriormente, tratar de resumir con algunas conclusiones que se refieren a la concreción de la experiencia.

Para responder a las dos preguntas recién mencionadas es necesario adelantar una premisa a la que se dirige inmediatamente el texto de Mateo: los talentos no son ni pueden ser exigidos, sino que son dados gratuitamente a cada uno según una medida que no nos corresponde a nosotros juzgar. Si ahora abordamos la primera pregunta, se pueden formular dos respuestas relacionadas pero distintas. En primer lugar, los talentos para mí están constituidos por el tiempo, por la existencia que se me permite vivir, recordando que cada momento no es solo un instante del kronos que fluye inexorablemen-

te, sino un kairos único e irrepetible, en el que debo saber ponerme juego con todas mis fuerzas.

Los talentos son mis aptitudes y habilidades, pocas o muchas, que debo aprender, ante todo, a discernir y reconocer, y luego comprometerme a hacerlas fructificar con una lógica de multiplicación que es lo que nos recuerda la parábola. Queriendo responder a la segunda pregunta y hablando como creyente, debo subrayar que el primer fin para el que me han sido dados los talentos es la edificación del Reino de Dios y esto, en la parábola, es precisamente lo que supone el retorno del patrón que tiene un significado escatológico, pero también terrenal porque el Reino debe tomar ya forma concreta en nuestra vida y en nuestro compromiso.

Los talentos deben ser invertidos para el bien y el crecimiento de la comunidad eclesial en la que nadie es espectador o receptor pasivo, sino protagonista de iniciativas y acciones para las que es absolutamente necesaria su contribución insustituible. Finalmente, los talentos son dados a cada uno para su crecimiento personal y para hacer su propia existencia cada vez más conforme al plan que Dios tiene para cada uno de nosotros. Para poder cooperar eficazmente en este plan, este debe ser conocido y aquí tiene mucho que ver el tema del discernimiento al que debe seguir, como decíamos al principio, un claro programa de vida, que es programa de Dios para cada uno de nosotros y que hemos de poner en práctica en todo momento y en toda circunstancia.

Llegados a este punto, es posible sacar algunas conclusiones concisas y la primera, que para mí es especialmente significativa, se puede resumir en dos palabras clave: saber atreverse. No importa cuántos y qué talentos hayamos recibido, lo que importa es tener el valor de invertirlos y arriesgarse sin ser perezosos ni conformarse con lo que ya se tiene



«Es como un hombre que, al irse de viaje, llamó a sus siervos y los dejó al cargo de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad; luego se marchó. El que recibió cinco talentos fue enseguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos. En cambio, el que recibió uno fue a hacer un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo viene el señor de aquellos siervos y se pone a ajustar las cuentas con ellos. Se acercó el que había recibido cinco talentos y le presentó otros cinco, diciendo: “Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco”. Su señor le dijo: “Bien, siervo bueno y fiel; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu señor”. Se acercó luego el que había recibido dos talentos y dijo: “Señor, dos talentos me dejaste; mira, he ganado otros dos”. Su señor le dijo: “¡Bien, siervo bueno y fiel!; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu señor”. Se acercó también el que había recibido un talento y dijo: “Señor, sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparces, tuve miedo y fui a esconder tu talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo”. El señor le respondió: “Eres un siervo negligente y holgazán. ¿Con que sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparzo? Pues debías haber puesto mi dinero en el banco, para que, al volver yo, pudiera recoger lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dáselo al que tiene diez. Porque al que tiene se le dará y le sobrará, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese siervo inútil echadlo fuera, a las tinieblas; allí será el llanto y el rechinar de dientes”».

Mateo 25, 14-3

Cuando el hermano mayor se entera del motivo de la música y la fiesta, se indigna. Está tan enfadado que se niega a entrar. No es difícil imaginarlo en el umbral de la casa de su padre, rechinando los dientes. Su tristeza siempre me ha llevado a reflexionar y me he preguntado qué pasa en nuestro corazón cuando no somos capaces de alegrarnos: qué cuerda hay que tocar para que el bien de los demás se convierta en una amenaza o un insulto para nosotros, o ambas cosas al tiempo.

En el caso de la parábola, la respuesta parece clara. El hermano mayor siente envidia, que es un sentimiento desagradable. Es el único pecado capital que no trae consigo la ilusión de felicidad o placer a cambio de nuestro consentimiento a un bien aparente. La envidia no promete nada: solo trae amargura y tristeza. El hermano mayor cree que tiene motivos justificados para tenerla. Durante años se ha esforzado trabajando en el campo de su padre. Ha soportado la peor parte del cansancio y el calor. Ha regado esos campos con su sudor, todos los días, todas las semanas, todos los meses, todos los años. Mientras, el hermano menor no estaba haciendo ningún bien. Hizo todas esas cosas que él también quería hacer, pero que nunca se había permitido, excepto en su imaginación. Matar al ternero engordado para celebrar el regreso de este miserable irresponsable era una ofensa. Significaba decirle que su trabajo no valía nada, que su fiel servicio de todos esos años no valía nada, que él mismo no valía nada. Nada.

En la raíz de la envidia, siempre hay una duda sobre el propio valor. Cuando no se está seguro del amor del padre, se concibe al otro como un competidor. Está claro en el caso de los niños. Si el hijo mayor siente envidia del pequeño es porque siente que la llegada de este viene a robarle algo de su amor paternal. Y cuando los niños están seguros de este amor, aprenden a compartir. Los años y nuestra entrada en la vida adulta nos enseñan a adoptar buenos modales y ya no hacemos las escenas que hacíamos de niños, cuando aún sabíamos gritar y llorar sin filtros. Pero la herida del niño muchas veces se queda dentro de nosotros y nos hace sentir el éxito de los demás como si nos hubieran quitado algo.

Pero hay más. Llevamos dentro una herida en nuestra identidad de hijos que nos hace dudar de ser amables. Y aquí llegamos al meollo del asunto: no nos creemos merecedores de un amor total y gratuito. Tal vez aceptamos ser amados por nuestra

→ y se es porque siempre nos lo pueden quitar si no cooperamos a un crecimiento continuo de nosotros mismos y de lo que tenemos. En el compromiso de invertir los talentos, pues, nunca debemos olvidar que todo es don y que estamos llamados a ser administradores eficaces, pero nunca dueños de lo que no nos hemos dado a nosotros mismos,

sino que proviene solo de la bondad gratuita de Dios.

La última consideración final es consecuencia directa de las dos anteriores: si todo me es dado y si no me lo he dado yo, seré llamado a dar cuenta de ello debiendo justificar no tanto el resultado concreto (diez o cuatro talentos), sino mi actitud y mi adhesión vital a la voluntad de Dios.

La identidad herida y la misericordia

DE MARTA RODRÍGUEZ

belleza o por esas cualidades, acciones, actitudes que reconocemos como nuestras fortalezas. Pero todos tenemos en la casa de nuestra intimidad habitaciones donde nos gustaría que nadie entrara nunca; habitaciones llenas de sombras que nos enfrentan a nuestra pobreza. Pensamos que esas habitaciones no son dignas de amor. Son demasiado feas. Este sentimiento interior de indignidad nos lleva a pensar el afecto tenemos que ganárnoslo con nuestros éxitos, nuestro afán de control o respondiendo a las expectativas de los demás. Parece que el hijo mayor de la parábola vivía un poco de esta manera, es decir, no como un hijo, sino como siervo. No vive bajo la mirada amorosa de su padre, sino bajo la mirada juzgadora de sí mismo y, por ello, nunca se cree a la altura. Por eso también es tan duro con su hermano. La cuestión es que miramos a los demás de la misma manera que nos sentimos mirados.

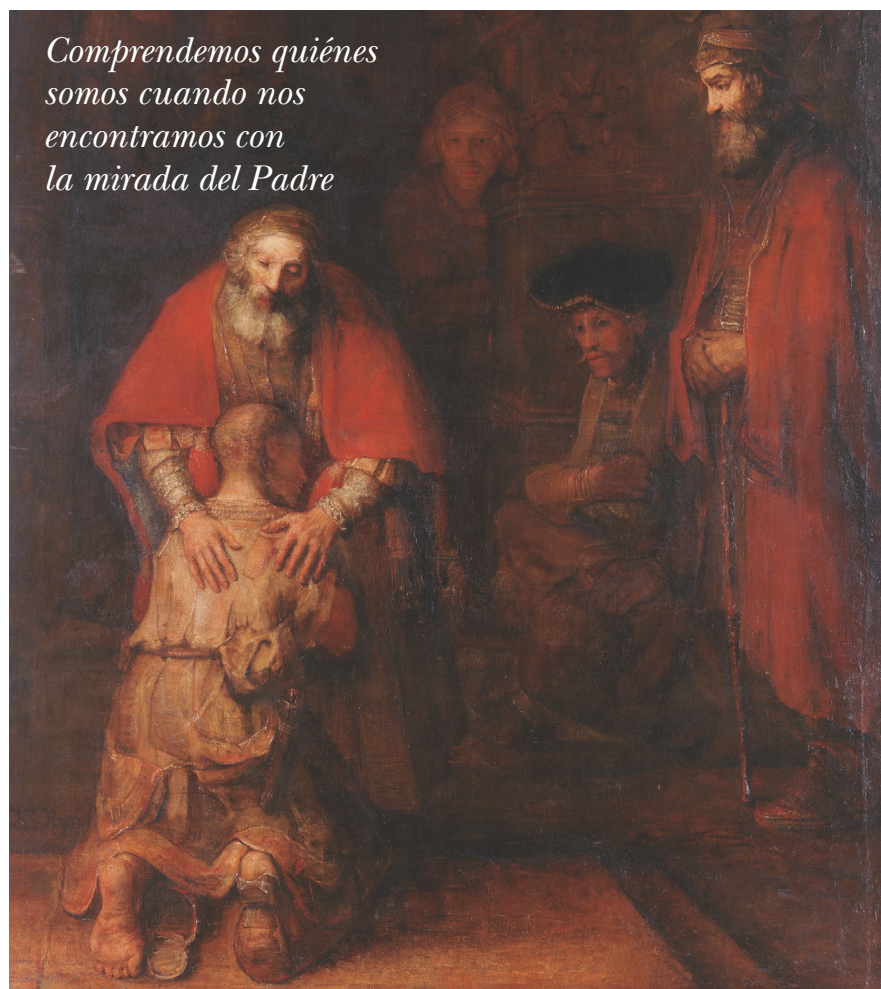
Si nuestra mirada hacia los demás es dura e intransigente, quizás nos encontremos con una mirada igualmente dura e intransigente hacia nosotros mismos.

La tristeza del hijo mayor siempre me ha empujado a examinarme. He descubierto que la capacidad de mirar a los demás con ternura está íntimamente relacionada con mi experiencia personal de misericordia. He notado que cuando me sentía invadida por la mirada amorosa del Padre (aquel de donde viene toda paternidad) mi corazón se volvía dulce hacia las personas que me rodeaban. Empezamos a comprender quiénes somos cuando nos encontramos con la mirada amorosa del Padre, que se complace en nosotros y nos acoge tal como somos. En ese momento, tan admirablemente retratado por **Rembrandt**, dejamos de ser siervos, descubrimos que somos hijos y nos convertimos también en hermanos de nuestros hermanos. Y podemos entrar en la alegría y la fiesta del amor recibido y compartido, no merecido.



También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y no quería entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. Él le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Lucas 15, 11-3



*Comprendemos quiénes
somos cuando nos
encontramos con
la mirada del Padre*

Según lo narrado en Marcos 4, 33-34, Jesús habló a la multitud en parábolas y luego explicó todo en privado a sus discípulos. Dado que solo se conservan algunas de estas explicaciones, Jesús nos invita a darles nuestra interpretación. A menudo nos detenemos en significados fáciles: ser amable como el samaritano o ser perdonados como el hijo pródigo.

Estas interpretaciones no son equivocadas, pero sí incompletas. Si nos detenemos en estas sencillas lecciones, perdemos la genialidad de la enseñanza de Jesús. Como otros judíos, Jesús sabía que las parábolas sorprenden, desafían, incluso acusan porque conocía la parábola de los árboles narrada por Jotam en Jueces 9; o la parábola de la ovejita de Natán en 2 Samuel 12. Pero ya que somos reticentes al desafío y al cambio, tendemos a serlo también ante las provocaciones de las parábolas. Por ello, hemos de volver a escuchar las parábolas.

Jesús comienza diciendo “el reino de los cielos es como un comerciante”. La palabra griega para comerciante es *emporos*, de ahí “emporio”. En la antigüedad, el comerciante, el *emporos*, era una persona que vendía cosas que innecesarias a precios imposibles. El único pasaje en el que aparecen los *emporos* en el Nuevo Testamento es en Apocalipsis, 18, que describe a “los mercaderes de la tierra” que “lloran y gimen” porque “ya nadie compra sus mercancías”. Las mercancías eran oro y plata, y esclavos. En el Antiguo Testamento los *emporoi* venden a José como esclavo (Génesis 37, 28) y llenan los cofres de Salomón (1 Reyes 10, 15, 28; 2 Crónicas 1, 16). Eclesiástico 26, 20 dice: “Difícilmente está libre de culpa el negociante, y el comerciante no se verá libre de pecado”. Comparar el reino con un comerciante desafía los estereotipos: no juzgar a las personas en función de sus trabajos o ingresos. Hay que observar su personalidad.

¿Y la perla? Las perlas, la única joya generada por un ser vivo, se forman cuando las ostras producen nácar para protegerse de objetos extraños como la arena. De ahí la analogía entre la creación de una perla y el derramamiento de lágrimas. La parábola nos anima a que, si algo nos preocupa mucho, generemos algo hermoso.

El reino de los cielos se parece también a un comerciante de perlas finas, que al encontrar una de gran valor se va a vender todo lo que tiene y la compra.

Mateo 13, 45-46

Al encontrar el verdadero tesoro, se pone un pie en el Reino de Dios

El auténtico valor

DE AMY-JILL LEVINE

Entonces, el comerciante “va en busca”. Jesús aconseja: “Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura”, (Mateo 6, 33). También asegura: “Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá”. ¿Qué estamos buscando? El mercader vende todas sus posesiones, –casa, comida, ropa–, para comprar una perla. Y hay más. Mientras va en busca de perlas preciosas, en cuanto encuentra una de gran valor deja de buscar. Sabe lo que es de mayor valor para él y esto cambia su vida, porque una vez que posee esa perla deja de ser comerciante. La parábola plantea otras preguntas. Aquí hay cinco. En primer lugar, pregunta: **¿sabemos lo que estamos buscando?** ¿Cuál es nuestra máxima preocupación?

En segundo lugar, provoca: el comerciante sabía cuándo dejar de buscar y estar satisfecho con lo que tenía. **¿Y nosotros?** En tercer lugar, apremia: **¿Hemos encontrado nuestra perla?** Esta es una pregunta importante para las mujeres, que tan a menudo anteponen las necesidades de los demás a las propias. Cada una de nosotras puede tener un sueño o una meta. En cuarto

lugar, interroga: **¿Sabemos cuál es la mayor preocupación de los demás?** Si no sabemos qué es lo más importante para ellos como el alimento, la salud, los hijos, la educación o la libertad, ¿cómo podemos decir que los amamos? Finalmente: ¿Nuestra perla es útil o destructiva? ¿Nuestra perla es la justicia, la compasión o el servicio; o es el dinero, la fama, la belleza o el poder? ¿Nuestra perla dará satisfacción o alegría o solo dará el deseo de tener más? Porque si nuestra perla es el dinero, el poder, la fama o la belleza, nunca estaremos satisfechos.

Jesús no nos dice el significado de la parábola. De hecho, en lugar de reflexionar sobre el significado de una parábola, podríamos preguntarnos qué hace: ¿Nos empuja a revisar nuestros valores? ¿A reorientar nuestra vida?

Una vez que conocemos nuestra perla, que es de suma importancia, podremos lidiar más fácilmente con la decepción; podremos decidir cuándo luchar y cuándo rendirnos; sabremos lo que es esencial y lo que no es más que algo superfluo. Entonces, cuando encontremos nuestra perla, tendremos un pie en el Reino de los cielos.



*La búsqueda
de Dios va más
allá de nosotros
mismos y da fruto
en los demás*

La fuerza de atreverse

DE MAGDALENA BREDENDIEK

La escena de la parábola tiene lugar a medianoche, la hora del cambio, de un nuevo comienzo. Muchos se burlan de las buenas intenciones de la medianoche de Nochevieja. Yo, las he encontrado hermosas porque son un signo del deseo y la voluntad de crecer y dar lo mejor de uno. Pero la medianoche también significa oscuridad, falta de claridad: el camino aún es incierto, el viejo día acaba de pasar y el nuevo todavía no ha comenzado. Esta escena de medianoche me devuelve a mi propia experiencia de vida, a la experiencia transformadora de ir “más allá”, que solo comprendí cuando la parábola de Jesús me la reveló en toda su profunda verdad. Tenía 19 años y acababa de terminar la secundaria. Estaba pensando en cómo continuar mis estudios. La teología parecía una opción, pero no sabía nada de lenguas antiguas. Al no tener fe en mí misma, ni siquiera probé ese camino. En medio de la incertidumbre, decidí estudiar lingüística y literatura. Por un lado, el deseo, por el otro, la incertidumbre.

¿Adónde quería ir? Se necesita valor para partir en la oscuridad. La medianoche me daba miedo. Pero las ganas seguían ahí y seguí cuestionándome. Aprendí latín en la universidad y traduje los escritos teológicos de Martín Lutero y de los papas. Fue

Y les dijo: «Suponed que alguno de vosotros tiene un amigo, y viene durante la medianoche y le dice: “Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle”; y, desde dentro, aquel le responde: “No me molestes; la puerta ya está cerrada; mis niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos”; os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por su importunidad se levantará y le dará cuanto necesite.

Lucas 11, 5–8

entonces cuando me di cuenta de que me interesaba el contenido teológico más que el lenguaje. En resumen, como el protagonista de la parábola, necesitaba “pan”. En el Evangelio de Lucas, la parábola sigue directamente al Padrenuestro, que nos invita a pedir: “Danos hoy nuestro pan de cada día”. Palabras que los cristianos conocemos bien. Si hoy tuviéramos que pedir el pan a Dios, en la vida cotidiana, ¿dónde iríamos?, ¿dónde llamaríamos? Y yo, ¿a qué puerta podría llamar para pedir el “pan” que necesitaba? Empecé a hacer preguntas a otros: a un pastor, una religiosa y a muchos de mis amigos que habían tenido experiencias muy diferentes

con la iglesia, desde ateos intransigentes, pasando por musulmanes hasta cristianos devotos. Las conversaciones que tuve con ellos me ayudaron y ahora, después de un tiempo, puedo decir que esa fue mi manera de llamar a la puerta de Dios.

Al igual que el protagonista de la parábola, había salido de casa y fui a pedir “pan” al vecino. Tenía una petición, un deseo tan importante que no podía esperar. Como el protagonista de la parábola, había decidido ser atrevida, llamar a la puerta de mi amigo, aun a costa de molestarlo y arriesgarme a que no me abriera la puerta. Llamando a la puerta de todos ellos, haciendo preguntas, me deshice de todo lo que no me quedó claro. ¿Cómo relacionarse con Dios? ¿Dónde encontrarlo? ¿Cómo conciliar la fe cristiana con la vida secularizada de una ciudad como Berlín?

Explicitar las preguntas que me atormentaban y que no me atrevía a decir en voz alta supuso un nuevo comienzo. Una vez que encontré la fuerza y el valor para dar un paso en la oscuridad y llamar, las conversaciones se hicieron más frecuentes y continuaron inspirándome. Así que me atreví a inscribirme en la facultad de teología. No me importaba lo difícil que fuera. Comprendí que mi deseo era seguir llamando a puertas y encontrar respuestas. La parábola del amigo importuno me indicó este camino y me aseguró que “por su importunidad, [el amigo] se levantará”.

Se nos permite llamar intensamente a la puerta de Dios, se nos permite llamar incluso con arrogancia, se nos permite deshacernos de todas las preguntas que tenemos sobre Él. Durante mucho tiempo había pensado que mis preguntas eran estúpidas e impertinentes. Hoy las veo como una fuerza: Dios me ha bendecido con una mente crítica que también me hace llamar con insistencia a su puerta. El atrevimiento no me distanció de Él como había temido; de hecho, hizo que nuestra relación fuera mucho más fuerte. También veo este “llamar a la puerta de manera entrometida” como un acto feminista porque muchas veces las mujeres no llaman con fuerza por miedo a las consecuencias. Dios, en cambio, nos llama, nos llama y nos invita a buscarlo, a llamar a la puerta. Es más, y aquí la parábola nos provoca, Dios nos anima a ser atrevidos: “por su importunidad se levantará y le dará cuanto necesite”. Pero hay más. El que busca y llama no lo hace solo para sí mismo. Quiere llevar su pan a su amigo. La búsqueda de Dios nos lleva más allá de nosotros mismos porque también da fruto para los demás.

La espera y la libertad

Confieso que de niña cuando escuché esta parábola me quedé perpleja, un poco como con el cuento de la cigarra y la hormiga. Pero luego me di cuenta de que aquí son precisamente los que celebran la vida los que entran al banquete, y que nadie puede celebrarla por otro. Porque la prudencia no consiste en ir a lo seguro, sino en ver mucho más allá de la pequeña urgencia o esfuerzo del momento, y llegar siempre más allá de la propia vida. Siguiendo un sueño, una visión, una invitación que viene de fuera de nosotros y que acogemos con entusiasmo. “Como no sé cuándo llegará el amanecer, dejo todas las puertas abiertas”, escribe **Emily Dickinson**.

“Sabio” tiene dos raíces latinas: una es la misma que la de la palabra *sapidus* (que tiene sabor, que no es insípido) de la que también deriva “sabiduría”. Y el otro es el *exagium* que tiene que ver con probar, evaluar y discernir. Los sabios son aquellos que no dejan que la vida se les escape, sino que la saborean, toman la iniciativa y se arriesgan. En cambio, el necio se queda quieto, no actúa, no se pone en marcha. Tal vez se pone “a salvo”, pero al final se da cuenta de que realmente no ha vivido.

Porque la vida se construye día a día, respondiendo a sus provocaciones, a sus solicitudes a lo impredecible que siempre nos descoloca y nos vuelve a poner en movi-

DE CHIARA GIACCARDI

*Si nos dormimos,
no podremos participar
en la fiesta de la vida*

miento. Como respondemos nos ayuda a formarnos, a convertirnos en quienes somos. Por eso, no se puede vivir la vida de los demás, responder en su lugar. Y no hay vuelta atrás cuando nos damos cuenta de que tal vez deberíamos haber vivido de otra manera. La fiesta nupcial está hecha para nosotros, es la celebración de la belleza de la fraternidad y la filiación, de la abundancia y la plenitud, donde todos serán reconocidos por lo que son, porque llevarán el vestido tejido con la vida, que es la forma que han tomado con el tiempo.

Caminar en la luz en medio de las tinieblas es posible, porque el aceite que alumbra nuestra vida está siempre disponible para nosotros: basta con quererlo y buscarlo. Incluso con lo que puede contener el pequeño vaso de nuestro ego se puede salir adelante. Somos pequeños, no muy capaces, pero lo poco que tenemos, si somos capaces de empeñarnos, puede ser suficiente.

Y luego se debe aprender el arte de esperar.

Porque no sabemos el día ni la hora. Y ningún algoritmo puede predecirlo con suficiente aproximación. Admitir no saber es casi mortificante en la era del hipercontrol, pero visto desde una perspectiva diferente es liberador. Precisamente porque no sabemos, nos toca a nosotros dar sentido a la espera y prepararnos para gozar plenamente la belleza del encuentro y de la fiesta.

Sueño y muerte, vigilia y vida: la ecuación no es tan clara. Creemos que estamos despiertos, pero en realidad estamos muchas veces apagados. A veces somos como muertos vivientes. Incapaces de desear la vida, de dejarnos llevar por su fuerza, de poner de nuestra parte. Ya estamos muertos antes de morir, y cuando llegue nuestro momento, no podremos volver atrás. Esperar es vida, escribía **Víctor Hugo**. “Velar”, por tanto, es más que una recomendación para no dormirse. Es una invitación a vivir, a mantener los ojos y el corazón abiertos, a dejarse sorprender, a saber leer las señales que se presentarán. Velar es una condición de la atención y también del cuidado: dedicarse porque uno está convencido de que vale la pena.

No es por miedo que tenemos que esperar al novio, sino para no perdernos la boda. Para saborear el excedente de agua que se convierte en vino exquisito, como en las bodas de Caná. El banquete nupcial





Entonces se parecerá el reino de los cielos a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran prudentes. Las necias, al tomar las lámparas, no se proveyeron de aceite; en cambio, las prudentes se llevaron alcuas de aceite con las lámparas. El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: “¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!”. Entonces se despertaron todas aquellas vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las prudentes: “Dadnos de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas”. Pero las prudentes contestaron: “Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis”. Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras vírgenes, diciendo: “Señor, señor, ábrenos”. Pero él respondió: “En verdad os digo que no os conozco”. Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora».

Mateo 25, 1-13

es el símbolo de una convivencia gozosa y alegre; de una plenitud que se realiza y de la que solo se puede participar si realmente se desea. Todos estamos invitados. Depende de nosotros aceptar la invitación y prepararnos para ella, viviendo a lo grande. Solo aquellos que realmente han vivido, con sus limitaciones y carencias, pueden formar parte de la fiesta. Que no es un premio en el más allá, sino el cumplimiento de lo que ya hemos aprendido a saborear. “A quien no haya encontrado el cielo aquí abajo, le faltará allá arriba”, escribe Emily Dickinson. “Velad” después de todo, es un llamamiento a nuestra libertad. Si la invitación nos interesa, nos mantendremos despiertos y haremos de la noche un *kairós* hacia el encuentro que da sentido y belleza a nuestras vidas, una belleza que nunca podríamos lograr por nosotros mismos. Si nos quedamos dormidos, si nos dejamos aturdir o seducir por otras llamadas, solo podremos culparnos por no participar en la fiesta de la vida, que fue preparada especialmente para cada uno de nosotros.

LA GUERRA, LA CASA, LA FAMILIA

Toda casa es un candelabro donde arden con aislada llama las vidas

Jorge Luis Borges



La imagen es obra de la ilustradora ucraniana **Sasha Anisimova**, de 30 años, que reelabora fotografías de su ciudad bombardeada, Kharkiv, de la que se vio obligada a huir. “Dibujo la vida cotidiana que queremos recuperar. Me encontré con una foto de un edificio que conocía y me imaginé la vida dentro de él”, explica. En el primer capítulo de *Amoris laetitia*, **Francisco** cita a **Borges**: “Las dos casas que **Jesús** describe, construidas sobre roca o sobre arena (cf. Mt 7, 24-27), representan muchas situaciones familiares, creadas por la libertad de aquellos que viven allí, porque, como escribe el poeta, ‘toda casa es un candelabro’”. El 26 de junio se celebra en Roma el x Encuentro Mundial de las Familias que pone el broche de oro al Año de la Familia *Amoris Laetitia*.



El bien y el mal

Como campo, también me toca vivir el sinsentido del mal

DE ELENA BUIA RUTT

Cada noche, cada día, las malas hierbas crecen silenciosamente a mi alrededor y dentro de mí. A las seis de la mañana, todos los días, mientras sube el café, vacío el lavavajillas en una cocina abarrotada, donde perros y gatos hambrientos se me cruzan entre las piernas. Irritada, tiro los platos en el armario, la leche hierve y se sale, pero no tengo tiempo para limpiar. La comida para mascotas se desborda de sus recipientes y mancha el suelo. Los gatos y perros mastican en silencio, casi mirándome con miedo. Llamo a los niños gritándoles que es hora de levantarse, de desayunar, que la ropa y las mochilas no están listas y el almuerzo tampoco. Se despiertan aturridos pero agitados, y la pequeña comienza a acusar a su hermana de haberle quitado la sudadera rosa. Ya son las siete y la sudadera no aparece y “¡porque tu cuarto es un desastre y todo lo que no quieres doblar lo tiras al suelo o lo echas a lavar!”

A las siete y media, gritando, salgo y enciendo el motor para calentarlo. Mientras toco perentoriamente el claxon porque tienen que darse prisa para bajar, miro hacia arriba y veo el pico redondo del Subasio. Está cubierto de nieve fresca. Anoche nevó, pero antes cuando abrí las persianas ni lo había notado. La parte superior parece un pastel recubierto de azúcar que llama a todos a acercarse y sentarse en la mesa de la fiesta.

Y ahí es donde me gustaría ir, a ese remanso de paz. Pero también quiero ir allí con los niños, con los perros, con los

gatos, porque sola no sabría qué hacer con esa serenidad deslumbrante. Y así, cuando los niños saltan al coche con los uniformes todavía desabrochados, y leo su miedo por el retrovisor, me avergüenzo. Fijo mis ojos en Subasio y su blanco resplandeciente me ayuda a despejar el corazón de la agitación del negro. Así que me dejo llevar. Destrozarme en la culpa me devolvería a las prisiones de mi ego. Así que me acepto. Acepto ser un campo limitado y expuesto en el que germinan semillas y se producen plantas malas y buenas, que me cuesta distinguir. Son semillas no mías. No quiero tener miedo. En vez de eso, aprenderé la mansedumbre. A mí, campo, me toca vivir soportando el sinsentido del mal, acogiéndolo dentro y fuera de mí. Me toca saber que, de forma inesperada y repentina como un relámpago, llega el discernimiento, en ese momento justo cuando la garra de la cizaña parece estar a punto de arrasar al trigo. Y es entonces cuando el enemigo revela su rostro y el campo de cultivo puede convertirse finalmente en un campo de batalla. Es cuestión de resistir las embestidas del mal, quedándose con la mirada fija en ese grano en nombre del cual luchas.

Y en esta fría mañana de febrero reconozco una alegría impensable que corría el riesgo de escaparse y que en cambio florecía en el campo, para mí, sólo para mí: la belleza de la nieve y la presencia de mis hijos. Enciendo la radio y nos dirigimos a la escuela cantando. Primero susurrando, luego en voz alta. En el cuadro titulado *El ángel herido*, del pintor finlandés **Hugo Simberg**, dos niños tienen la oportunidad

de percibir el mal dentro de sí mismos y reaccionan ante él. Llevan un ángel herido en una camilla. No esperaban este cambio de papeles porque eran ellos los que tenían que ser guiados, ayudados y socorridos. Eran ellos quienes devotamente recitaban la oración del ángel custodio todas las noches, antes de dormirse en paz, con la conciencia manchada por la compunción. Pero una tarde, en un prado cercano a la casa, se habían peleado violentamente. La ira y el odio habían estallado en ellos, sus corazones se habían vuelto negros y sus lenguas pronunciaban palabras violentas, palabras venenosas.

Ya no recordaban ni por qué.

Tratando de calmarlos con dulces palabras susurradas a las mentes, tratando de separarlos flotando entre los muchachos que empezaban a pelear, el ángel de la guarda se hirió el ala y cayó. Al oír el golpe, los dos se detuvieron. Contemplaron atónitos a un ángel sangrando en medio de ellos; se miraron largamente mientras el odio se desvanecía y, liberados, volvieron a ser dos niños. La vergüenza que sentían crecer dentro de ellos no los paralizó: con palos construyeron una camilla y uno de ellos sacó un pañuelo blanco del bolsillo de su chaqueta para vendar las sienes magulladas del ángel. Lo habrían cuidado y esta vez habrían sido ellos quienes lo protegieran y consolaran. Recogieron un ramo de narcisos para que los perdonara y partieron con cuidado.

Les propuso otra parábola: «El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras los hombres dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: “Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?”. Él les dijo: “Un enemigo lo ha hecho”. Los criados le preguntan: “¿Quieres que vayamos a arrancarla?”. Pero él les respondió: “No, que al recoger la cizaña podéis arrancar también el trigo. Dejádlos crecer juntos hasta la siega y cuando llegue diré a los segadores: arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero”».

Mateo 13, 24-30



Lo que vemos, nos mira



DE YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN

*El amor es capaz
de abrirse a todo lo que
ya existe y está por venir*

es capaz de fijarse en uno de los dos brazos de Cristo, el que condena. La verdad está “entre” los opuestos. Así Miguel Ángel en el Juicio Final configura en la obra de arte un espacio en el que la humanidad puede entrar, en el que es capaz de dar a Cristo el espacio en el que puede manifestarse por lo que es. De manera similar **Barnett Newman** en su cuadro *Who is Afraid of Red, Yellow and Blue* obliga al espectador a detenerse frente al lienzo para que pueda experimentar un espacio rojo de infinitos puntos y sentir físicamente los pigmentos. Esto crea un espacio sublime e íntimo para el espectador en el que el espectador debe volver a sí mismo y donde Dios puede morar.

Guardini describe el amor al prójimo como un criterio válido para los encuentros de amor humano y para los encuentros de amor con otros “seres”, con las cosas y con las obras de arte. En una inspección más cercana, el arte se vuelve “cercano” en el acto de amor a la creación artística e incluso en la mirada del observador cuando se encuentra con la obra de arte. En la homilía sobre la parábola de Lucas aparecen todos los términos clave de Guardini: *mirar, configurar, acto creador, espacio, encuentro...* En una de sus intuiciones, argumenta que el amor mira creativamente porque en él la autoafirmación egoísta se retrae y da espacio al ser humano que está ahí frente a mí, para que se aclare a mi mundo. Todo esto para mí se refleja en las palabras de **Jesús** y el testimonio del Samaritano, que me siguen tocando profundamente como mujer, madre, esposa, creyente, maestra y amante del arte.

Por qué esta parábola ha orientado mi existencia de manera decisiva? Sucedió en Heidelberg hace muchos años. Estaba a punto de graduarme en Derecho y asistí a una lección sobre **Nietzsche** y el Expresionismo. En esa escuela intuí lo que significaba hablar de una obra de arte como un acto de amor al prójimo. Así decidí cursar una segunda carrera en Filosofía e Historia del Arte.

Más tarde me llamó tanto la atención la expresión de **Didi-Huberman** “lo que vemos, nos mira”, que me sentí llamada a profundizar en la fenomenología de la mirada y en particular la Mirada de Cristo en la *Katholische Weltanschauung* de **Romano Guardini**. Comprendí que la obra de arte y el amor tienen una cosa en común: ambos tienen su origen en un acto creativo. Forman un espacio de conocimiento en el que las cosas y las personas se revelan en su ser profundo. En una de sus homilías por el año litúrgico, Guardini abordó el misterio de la proximidad, reflexionando sobre el espacio al que alude la parábola del Buen Samaritano. Solemos creer que el propósito de **Lucas** es recordarnos que es nuestro deber amar a “todos”. Pero esto sería cierto solo si, —observa Guardini—, el amor al prójimo fuera, o fuera entendido, únicamente como una serie, aunque necesaria, de actos de buena voluntad. Y en cambio, amar significa mucho más. Para amar al otro es necesario ante todo “verlo” tal como es, en su ser (*Da-Sein*). Mi mirada debe volverse hacia el otro sin reservas ni prejuicios de tal manera que, en un acto creativo, le reserve un espacio en el que pueda presentarse frente a mí con todo

lo que siente, sufre y desea. Y solo el amor puede “ver”, porque es capaz de abrirse a todo lo que ya existe y está por venir. De hecho, en la mirada amorosa, dejo que el otro tome forma y se manifieste frente a mí.

¿No es acaso esto lo que diferencia, en la parábola, la mirada del samaritano del modo de “ver” del levita y del sacerdote? Debe haber una apertura inicial, incluso antes de que el que está frente a mí se me manifieste como mi prójimo. Tal amor, —prosigue Guardini—, mira con una mirada similar a la del artista en el acto creativo y es un reflejo del amor de Dios que, en su creación, nos hace libres para caminar amorosamente hacia Él. Gracias a esta apertura, entran en mi vida personas que, destinadas a venir a mi encuentro, me son confiadas como prójimo. Guardini observa: “El conocimiento es un acto creativo en el amor”.

En el Juicio Final **Miguel Ángel** destaca este “espacio” del conocimiento. Muestra a las personas que miran a Cristo con una mirada aterrorizada o cubriéndose la mirada con las manos; o a San **Pedro**, enfadado, mostrando a Cristo las llaves de esta “apertura”. El *plethos* (la multitud) solo

Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo».

Lucas 10, 30-37

teologica delle donne

Pratiche di exousia



Seminario CTI
Roma, 7 maggio 2022

Sala San Francesco
Auditorium Antonianum
Viale Manzoni, 1 Roma

CTI COORDINAMENTO
TEOLOGICHE
ITALIANE



*Las
teólogas
italianas se
adentran
en la
'exousía' y
ahondan
en la
cristología
feminista*

El relanzamiento de las teólogas

DE VITTORIA PRISCIANDARO

También ellas están entre los firmantes de la detallada reflexión propuesta a los “Hermanos Obispos” como contribución al camino sinodal. Sobre el documento “Pero Él le dijo”, que hace referencia a “la conversión de Jesús tras el extraordinario diálogo con la mujer sirio-fenicia”, también se pronunció la Coordinadora de Teólogas Italianas (CTI) durante el seminario del pasado 7 de mayo, en el Antonianum de Roma. Porque participación y autoridad, discernimiento y decisión, —puntos en los que se centra la reflexión propuesta por la red sinodal de mujeres—, son términos que resonaron ampliamente en el encuentro sobre “La autoridad teológica de las mujeres. Prácticas de *exousía*” que contó con la presencia de las fundadoras de la CTI y también de jóvenes apasionadas por la teología.

“La autoridad de las mujeres es un tema que viene del feminismo histórico. Se ha demandado qué significa tener una voz autorizada y cómo transmitir la fuerza para hablar”, explica la presidenta de la CTI, **Lucia Vantini**. “La palabra *exousía* expresa el hecho de que la existencia de las cosas y de los seres vivos proviene del exterior. Para los feminismos, este reconocimiento de la dependencia

de otra cosa no es una sustracción en absoluto, sino una fuerza que permite ser libre. De hecho, son los lazos los que dan consistencia y expresividad a un sujeto. En esta perspectiva, el poder se reconfigura como el poder-de-autorizar a los demás y a los otros en una red de palabras, símbolos, gestos y prácticas que apuntan al compartir incluso cuando los conflictos surgen inevitablemente”. Además, añade Vantini, “en el término autoridad hay una idea de aumento, de empuje, de apoyarse entre generaciones. La presencia de jóvenes teólogas en el seminario fue una señal de la gran fecundidad de la vida teológica de las mujeres. El futuro pasa por esto”.

“Escribimos a los hermanos obispos que autorizar debe significar defender y no abusar del poder, porque en las Iglesias hay un movimiento de exclusión, de cierre de espacios, casos de depuración y destitución”, indicaba **Cristina Simonelli**, que abrió el seminario con “La teología de la mujer como práctica de autoridad”, citando el documento de la red sinodal. “Las mujeres tenemos una memoria, un presente y una entrega de autoridad que, si se ejerce, genera estima, empoderamiento”. El camino de la CTI, nacida en 2003 de la intuición de **Marinella Perroni**, era el de hacer una asociación con

una perspectiva de género, ecuménica, pluri y multidisciplinar. La CTI ha recorrido caminos que han dado lugar a numerosas publicaciones y, en los últimos años, a la serie *Exousía* en la que “cada volumen revisita campos teológicos desde una perspectiva de género con intención de apuntar a posibles circularidades hermenéuticas: entre disciplinas y temas, entre pertenencias confesionales, entre intereses y posturas”. Simonelli, citando la presentación que acompaña a cada volumen, explica que la serie responde a una necesidad: “La teología no debe simplemente actualizarse, sino reescribirse por completo. El acceso de las mujeres a la teología no implicó una simple actualización de los textos, sino que dejó clara la urgencia de un replanteamiento general de los modelos”. Una condición esencial para este punto de inflexión “es acoger la diferencia, examinando críticamente las perspectivas adquiridas, introduciendo la exploración de nuevos campos de investigación, formulando nuevas categorías y paradigmas”.

En el centro del seminario estuvo el último volumen de la serie, *Caminos de la cristología feminista*, escrito por **Milena Mariani** y **Mercedes Navarro Puerto**. “Los casi cincuenta años de deconstrucciones y reconstrucciones feministas demuestran cómo en el discurso cristológico el cambio de punto de vista, -gracias a la introducción de la perspectiva de género y feminista-, permite repensar críticamente; este cambio ilumina aspectos retirados o antes ignorados de la identidad de Jesús y contribuye a

alejarse no solo las tendencias sexistas y misóginas, sino también las tendencias antijudías, racistas, imperialistas, colonialistas que no pertenecen solo al pasado de la tradición cristológica” explicaba Milena Mariani en su intervención. Las críticas feministas se centraron, en particular, en “el uso instrumental de la masculinidad de Jesús para reafirmar la superioridad del varón y fortalecer el imaginario exclusivamente masculino de Dios”.

Se señaló un segundo aspecto de las teologías de la cruz acusadas, no solo de “transmitir la imagen de un Dios sádico e indiferente, sino también de exaltar las ideas del sufrimiento salvífico, del sacrificio vicario o de la obediencia pasiva a la divina voluntad que han tenido repercusiones históricamente perjudiciales en la condición de la mujer, de los más humildes en la escala social y en las relaciones tejidas por los países occidentales de la historia cristiana con el resto del mundo”.

De las conclusiones de Mariani surge la centralidad del testimonio y la experiencia de fe de las mujeres, que “exigirá el reconocimiento de una autoridad que se legitima desde el principio por la huella pascual en la base de los relatos evangélicos, impensable sin sus testimonio”. Una experiencia que, entonces como ahora, “se expresa con palabras, ideas, sensibilidades y gestos propios, cuya plena fecundidad y novedad en el lenguaje y en la vida de las Iglesias cristianas exigirá un “discipulado de iguales” que aún espera ser puesto en marcha”.

Él le dijo

Desde allí fue a la región de Tiro. Entró en una casa procurando pasar desapercibido, pero no logró ocultarse. Una mujer que tenía una hija poseída por un espíritu impuro se enteró enseguida, fue a buscarlo y se le echó a los pies. La mujer era pagana, una fenicia de Siria, y le rogaba que echase el demonio de su hija. Él le dijo: «Deja que se sacien primero los hijos. No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos». Pero ella replicó: «Señor, pero también los perros, debajo de la mesa, comen las migajas que tiran los niños». Él le contestó: «Anda, vete, que por eso que has dicho, el demonio ha salido de tu hija». Al llegar a su casa, se encontró a la niña echada en la cama; el demonio se había marchado.

Marcos 7, 24-30



El sínodo de las religiosas

La Unión Internacional de Superioras Generales celebra su asamblea plenaria

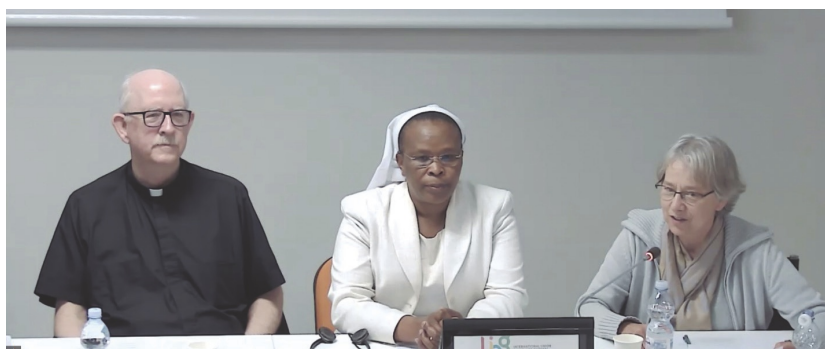
Nuestra misión es lograr que la vulnerabilidad se convierta en una oportunidad para abrazar a la humanidad herida, acogernos y caminar juntos: esto es lo que la Iglesia nos pide y lo que el mundo desea ver de nosotras religiosas”, son palabras de la nueva presidenta de la UISG, la Unión Internacional de Superioras Generales. **Nadia Coppa**, de las Adoratrices de la Sangre de Cristo, fue elegida tras la plenaria que se celebró en Roma del 2 al 6 de mayo. Permanecerá en el cargo hasta el 2025 con la nueva vicepresidenta **María Teresa Barrón**, de las Hermanas de Nuestra Señora de los Apóstoles, y la nueva junta en la que se encuentran los múltiples carismas religiosos. Están **Roxanne Schares**, de las Hermanas Escolásticas de Nuestra Señora; **Theodosia Baki**, de las Hermanas Terciarias de San Francisco; **Graciela Francovic**, de las Hijas de Jesús; **Theresa Purayidathil**, de las Hijas de la Iglesia; Sor **M. José Gay Miguel**, de las Carmelitas Misioneras Teresianas; **Miriam Altenhofen**, de las Misioneras Siervas del Espíritu Santo; **Rita Calvo**, de la Orden de la Compañía de María Nuestra Señora; **Antonietta Papa**, de las Misioneras Hijas de María; **Dolores Lahr**, de las Hermanas de San José de Chambéry; Patricia Villaroel, de las Hermanas de los Sagrados Corazones de Jesús y María; y **Anna Josephina D'Souza**, de las Hermanas Misioneras del Apostolado Católico.

El primer pensamiento “programático” de sor Nadia está además en línea con el tema de la plenaria: “Abrazar la vulnerabilidad en el camino sinodal”. Unas 700 religiosas, de más de 70 países (520 presentes, los demás *online*), han dado lugar a un coro de voces y experiencias, sugerencias y esperanzas durante cinco días. “Nuestra vulnerabilidad es profética. Debemos abrazarla como una fortaleza”, afirmaba **Gemma Simmonds** de la Congregación de Jesús. “Hemos llegado a un punto muy profundo después de estos cinco días, es un cambio de paradigma”, aseguraba a *Global Sister Report* **Patricia Murray**, del Instituto de la Beata Virgen María, también conocidas como las Hermanas de Loreto, secretaria ejecutiva de la UISG. Las superioras también analizaron los proyectos. Inmediatamente después de la plenaria, durante la reunión de las delegadas de las Constelaciones de la UISG, se pusieron a trabajar en la iniciativa global sobre deterioro cognitivo y Alzheimer y la iniciativa de las Hermanas Católicas sobre el envejecimiento. Dos grandes compromisos.



“Nuestras hermanas mayores son una bendición para nosotras. Este proyecto quiere dignificarlas hasta el último minuto de su vida. La ciencia y la medicina nos permiten vivir más; para vivir bien el envejecimiento necesitamos fuerza interior, pero también ayuda financiera y preparación para acompañar a las hermanas mayores y sus comunidades en el manejo de esta parte de la vida”, apuntaba **Jane Wakahiu**, de las Hermanitas de San Francisco, vicepresidenta asociada de las operaciones del programa y responsable de la Catholic Sisters Initiative en la Fundación Conrad N. Hilton, que con un presupuesto de 5 millones de dólares está comprometida con esta iniciativa y con otra de ayuda a las congregaciones a cuidar a las hermanas mayores. Se llama Catholic Sisters Aging Initiative.

Wakahiu indicó que las dos iniciativas eventualmente podrían reunirse; todos los esfuerzos se centrarán en garantizar que “ninguna hermana se vaya de este mundo sin sentir la profunda compasión y el acompañamiento que merece hasta el final de su vida”.



*Nadia Cappa (centro) con
algunos miembros de la
directiva de la UISG. A
continuación, imágenes
del Pleno de Roma y la
presentación iniciativas
para Catholic Sisters Aging
Initiative con el hermano
Tom Gaunt del Cara, Jane
Wakahi y Iolanta Kafka*





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento